

Lecturas: del espacio íntimo al espacio público



Michèle Petit

Traducción de Miguel y Malou Paleo, y Diana Luz Sánchez

Primera edición: 2001

Coordinación de la colección: Daniel Goldin

Diseño: Joaquín Sierra Escalante

Ilustración de portada: Mauricio Gómez Morín

Traducción del capítulo "La cultura se hurta":

Alberto Cue

Traducción del capítulo "Del Pato Donald a Thomas

Bernhard": Claudia Méndez

D.R. © 2001 FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Carr. Picacho-Ajusco 227, México, 14200, D.F.

SE PROHÍBE LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA
—POR CUALQUIER MEDIO— SIN LA AUTORIZACIÓN POR ESCRITO
DEL TITULAR DE LOS DERECHOS CORRESPONDIENTES.

ISBN 968-16-6379-9

Impreso en México



FONDO DE CULTURA
ECONÓMICA



Lectura literaria y construcción del sí mismo*

Hoy me propuse hablarles del papel de la lectura en la construcción del sí mismo, en la elaboración de la subjetividad. En efecto, desde que empecé a trabajar sobre la lectura, poniendo el acento en la escucha de los lectores, éstos han hecho que mi atención se oriente hacia aquella cuestión, por vías muy diversas. Ya sea en el medio rural, donde mis colegas y yo realizamos unas cincuenta entrevistas,¹ y aún más en barrios urbanos desfavorecidos, donde escuchamos a un centenar de jóvenes de entre quince y treinta años, que habían frecuentado una biblioteca municipal,² esa dimensión fue ampliamente abordada, en forma espontánea, por nuestros interlocutores.

Por lo tanto yo quiero volver a ella, sobre todo porque me parece curiosamente desconocida o subestimada, aun por los mediadores del libro. Sin embargo no se trata de algo nuevo. En los ámbitos que se dedican al libro podríamos suponer que cada uno de nosotros sabe algo de esto a partir de su propia experiencia. Por otro lado, diversos investigadores, atentos a lo que decían los lectores, han dado cuenta de ello.³

* Esta conferencia fue leída en Buenos Aires en mayo de 2000, en el marco de un seminario en el Ministerio de Educación.

¹ Véase Michèle Petit, *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*, *op. cit.*

² *Op. cit.*

³ Véanse como ejemplo los trabajos de los sociólogos de la literatura o de Martine Chaudron y François de Singly (coords.), *Identité, lecture écriture*, París, BPI-Centre Georges Pompidou, 1993. También Erich Schön, que ha recopilado biografías de lectores ("La 'fabricación' del lector", en *Identité, lecture, écriture*, *op. cit.*, pp. 17-44). Y asimismo la entrevista que había realizado Abdelmalek Sayad ("La lecture en situation d'urgence", en Bernadette Seibel (coord.),

Antes que ellos, muchos escritores contaron cómo la lectura les había permitido descubrir su mundo interior y volverse de ese modo más autores de su destino. Y entre ellos, escritores que habían crecido en un medio pobre, pensemos por ejemplo en Jack London o en Albert Camus. Construirse —o descubrirse— al leer, y salir de las prescripciones familiares o sociales por medio de la lectura, es en realidad una vieja historia.

Pero esa vieja historia desaparece con las clasificaciones que se emplean hoy en día y que oponen, por ejemplo, “lecturas útiles” a “lecturas de entretenimiento”, o bien “lectura escolar” a “lectura de placer”, o también “cultura ilustrada” a “usos habituales de la lectura”. Desaparece si la lengua es percibida como un código, un vehículo de informaciones, un simple instrumento de comunicación. Y la literatura como un preciosismo para gente con recursos. Más adelante volveremos a este punto.

ELABORAR UN ESPACIO PROPIO

Entremos en materia de una buena vez. ¿De qué manera la lectura —y en particular la lectura literaria—⁴ contribuye a la elaboración de la subjetividad? El tema es enorme, y sólo abordaré aquí algunos aspectos, refiriéndome a la experiencia de esos jóvenes usuarios de bibliotecas a los que evocaba y que no son necesariamente grandes lectores. Refiriéndome asimismo, en contrapunto, a lectores muy cultos, a algunos

Lire, faire lire, París, Le Monde, 1996, pp. 65-99. Naturalmente, también hay psicoanalistas que se han mostrado sensibles a esta dimensión.

⁴ Aclaremos que por “lectura literaria” entiendo aquí la lectura de obras literarias y no el análisis de textos (a diferencia de algunos universitarios que reservan el uso de esta expresión a la “lectura” hecha por literatos profesionales).

escritores. Y ustedes verán que las experiencias de unos y otros coinciden en más de un punto.

El primer aspecto que deseaba evocar, porque quizá constituye la base de todo el resto, es que la lectura puede ser, a cualquier edad, un atajo privilegiado para elaborar o mantener un espacio propio, un espacio íntimo, privado. Ya lo dicen los lectores: la lectura permite elaborar un espacio propio, es “una habitación para uno mismo”, para decirlo como Virginia Woolf, incluso en contextos donde no parece haber quedado ningún espacio personal.

Escuchemos a Agiba, a modo de ejemplo. Agiba tiene dieciséis años, vive en una familia musulmana bastante tradicional y está en conflicto permanente con sus padres y su hermano, que la ven alejarse del destino doméstico que imaginaban para ella. Desde su infancia tiene un refugio: la biblioteca, la lectura: “Yo tenía un secreto mío, era mi propio universo. Mis imágenes, mis libros y todo eso. Ese mundo mío está en los sueños”. Christian, por su parte, tiene diecisiete años y vive en un hogar para trabajadores jóvenes. Va a la biblioteca para estudiar horticultura y gestión del agua. Y también: “Me gusta todo lo que tiene un aire a Robinson (Crusoe), las cosas así. Me permite soñar. Me imagino que algún día llegaré a una isla, como él, y a lo mejor, quién sabe, podría hacerme una cabaña”. Escuchemos también a Ridha, que recuerda sus lecturas de infancia: “Me gustaba porque *El libro de la selva* es algo así como arreglárselas en la selva. Es el hombre que por su ahínco acaba siempre por dominar las cosas. El león es tal vez el patrón que no quiere darte trabajo o la gente que no te quiere. Y Mowgli se construye una choza, es como su hogar, y de hecho pone sus marcos. Se delimita”.

Escuchemos finalmente a un escritor llamado Bernard Chambaz. En una conferencia evocaba, respecto de Babar

(personaje de cuentos para niños) y de las novelitas de aventuras de su infancia, “la elaboración de un paisaje singular que era todo obra mía, y en el que yo comenzaba a abrir mi propio camino”. Y también “un espacio-tiempo”, “una geografía en la que tuve la impresión de haberme descubierto o reconocido”.⁵

Habrán notado ustedes la evocación de lugares, de hábitáculos: la cabaña en la isla, la choza en la selva, el paisaje que es obra de uno mismo, la geografía. Se trata sin duda de lectores que viven en Europa, para quienes los mares del Sur son semilleros de sueños. Y de paso les digo que tendría mucha curiosidad por saber de qué espacios se alimenta la fantasía de los chicos de otras regiones del mundo. Pero lo que es universal, es que el lector joven elabora otro lugar, un espacio donde no depende de otros. Un espacio que le permite delimitarse, como dice Ridha, dibujar sus contornos, percibirse como separado, distinto de lo que lo rodea, capaz de un pensamiento independiente. Y eso le hace pensar que es posible abrirse camino y andar con su propio paso.

Esa lectura es transgresora: en ella el lector le da la espalda a los suyos, se fuga, salta una tapia: la tapia de la casa, del pueblo, del barrio. Es desterritorializante, abre hacia otros espacios de pertenencia, es un gesto de apartamiento, de salida. Y lo es sobre todo cuando se trata de la lectura de obras literarias, pues en el origen de innumerables cuentos, novelas y relatos está precisamente el alejamiento de la familia, de la casa, y la transgresión. Para esto los remito en particular a los análisis de Vladimir Propp acerca de los cuentos populares, reunidos en *Morfología del cuento popular*. Propp coleccionó miles de cuentos, trató de clasificarlos, y descubrió que esos

⁵ Comunicación para el coloquio *Los adolescentes y la literatura*, organizado por el Centro de Promoción del Libro Juvenil, en el marco del Salón del Libro Juvenil, Montreuil (Francia), 23 y 24 de noviembre de 1998.

relatos estaban regidos por un orden ritual, por cierto número de “funciones” que se ordenan siempre del mismo modo. Las tres primeras son: 1) uno de los miembros de la familia se aleja de la casa; 2) el héroe entra en conocimiento de una prohibición; 3) la prohibición es infringida: el héroe hace lo que no debe hacerse o dice lo que no debe decirse. Dicho de otro modo, crea algo nuevo, inventa sentido. Es lo que encontramos también en numerosas novelas, a tal punto que se ha podido decir que “el acto de fundación de la novela, a pesar de su gran diversidad de expresión, es la partida del héroe que, por medio de su desarraigo, forja su identidad”.⁶

El lector sigue la huella del héroe, o de la heroína que se fuga. Allí, en las historias leídas u oídas, en las imágenes de un ilustrador o de un pintor, descubre que existe otra cosa, y por lo tanto un cierto juego, un margen de maniobra en el destino personal y social. Y eso le sugiere que puede tomar parte activa en su propio devenir y en el devenir del mundo que lo rodea.

“¿IDENTIFICACIÓN?”

Este espacio creado por la lectura no es una ilusión. Es un espacio psíquico, que puede ser el sitio mismo de la elaboración o la reconquista de una posición de sujeto. Porque los lectores no son páginas en blanco donde el texto se vaya imprimiendo. Los lectores son activos, desarrollan toda una actividad psíquica, se apropian de lo que leen, interpretan el texto, y deslizan entre las líneas su deseo, sus fantasías, sus angustias. Para evocar esa libertad del lector, Michel de Certeau tenía una bonita fórmula. Escribía: “los lectores son via-

⁶ Rafael Pividal, “Questions sur le roman”, *Le Débat*, 90, mayo-agosto de 1996, p. 33.

jeros; circulan sobre tierras ajenas, como nómadas que cazan furtivamente a través de campos que no han escrito”.⁷

Esto es algo que puede producirse a lo largo de toda la vida, pero que es muy sensible en la adolescencia, esa época en la que el mundo exterior es percibido como hostil, excluyente, y en la que uno se enfrenta a un mundo interior inquietante, y está asustado por las pulsiones nuevas, a menudo violentas, que experimenta. Entonces los adolescentes acuden a los libros en primer lugar para explorar los secretos del sexo, para permitir que se exprese lo más secreto, que pertenece por excelencia al dominio de las ensoñaciones eróticas, las fantasías. Van en busca además de palabras que les permitan domesticar sus miedos y encontrar respuestas a las preguntas que los atormentan. Indagan en distintas direcciones, sin hacer caso de rúbricas y líneas demarcatorias entre obras más o menos legítimas. Y encuentran a veces el apoyo de un saber, o bien, en un testimonio, en un relato, en una novela, en una poesía, el apoyo de una frase escrita, de un discurso ordenado, de una escenificación. Al poder dar un nombre a los estados que atraviesan, pueden ponerles puntos de referencia, apaciguarlos, compartirlos. Y comprenden que esos deseos o esos temores que creían ser los únicos en conocer, han sido experimentados por otros que les han dado voz.

Es lo que dice Pilar, que es de origen español e hija de un obrero de la construcción:

A través del libro, cuando uno tiene en sí mismo reflexiones, angustias, bueno, yo no sé, el hecho de saber que otra gente las ha sentido, las ha expresado, creo que eso es muy pero muy importante. A lo

⁷ Michel de Certeau, “Lire: un braconnage”, en *L’Invention du quotidien I, Arts de faire*, París, 10/18, 1980 (trad. al español: *La invención de lo cotidiano I, Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana, 1996).

mejor porque el otro lo dice mejor que yo. Hay una especie de fuerza, de vitalidad que emana de mí, porque lo que esa persona dice, por equis razones, yo lo siento intensamente.

A propósito de esta lectura, se habla generalmente de “identificación”. Y durante mucho tiempo se ha temido, como ustedes saben, a una lectura demasiado “identificadora” donde el lector pudiera ser “aspirado” por la imagen fascinante que se le ofrece, con peligro de seguirla en sus peores desviaciones. Este miedo sigue estando vigente: en Francia, en la enseñanza de la lengua y la literatura, en particular, se ha privilegiado desde hace unos treinta años una concepción instrumental, formalista, pretendidamente “científica”. Y se ha desechado la “identificación”, a la que se redujo toda la experiencia de la lectura subjetiva.

Pero ¿qué dicen los adolescentes o los adultos cuando se acuerdan de los libros que marcaron su adolescencia? Algunas veces, desde luego, hablan de esos héroes o esas heroínas a los que acompañan a lo largo de las páginas. Por ejemplo, en el caso de las muchachas que viven en barrios marginales, hablan de heroínas que tuvieron destinos trágicos, marcados por la violencia, el incesto, la violación, el matrimonio forzado, las relaciones sexuales obligadas... y que a veces lograron escapar de ellos.

Pero más que la adhesión a determinada figura, lo que resulta sorprendente al escuchar a esos lectores, a esas lectoras, es la evocación del trabajo psíquico, del trabajo de ensoñación, de pensamiento, que acompañó o siguió a la lectura. Lo repito: de lo que se trata es de la elaboración de una posición de sujeto. De un sujeto que construye su historia apoyándose en fragmentos de relatos, en imágenes, en frases escritas por otros, y que de allí saca fuerzas para ir a un lugar diferente al que todo parecía destinarlo. Y si determinado libro o determinada frase contaron para ellos es porque les permitieron

reconocerse, no tanto en el sentido de reconocerse en un espejo como de sentir que tienen un derecho legítimo a tener un lugar, a ser lo que son, o, más aún, a convertirse en lo que no sabían todavía que eran.

Hay allí todo un proceso de simbolización que no me parece reductible a una identificación, ni incluso a una proyección. Hay textos, o más bien fragmentos de textos, que funcionan como otros tantos *insights*, para tomar ese término de los psicoanalistas, como otros tantos haces de luz sobre una parte del sí mismo en sombras hasta ese momento. El texto viene a liberar algo que el lector llevaba en él, de manera silenciosa. Y a veces encuentra allí la energía, la fuerza para salir de un contexto en el que estaba bloqueado, para diferenciarse, para transportarse a otro lugar.

Se trata de una experiencia que ha sido identificada y descrita desde hace tiempo por numerosos escritores, quienes son lectores de excelencia. Citaré a tres de ellos y les ruego disculpen mi etnocentrismo (los tres son escritores franceses), ya que no tuve tiempo de buscar textos que relataran experiencias vividas en otras latitudes. Me parece sin embargo que la región del mundo en la que uno vive no tiene, en este caso, una importancia crucial. Escuchemos pues a Marcel Proust: "... cada lector es, cuando lee, el propio lector de sí mismo. La obra de un escritor no es más que una especie de instrumento óptico que él le ofrece al lector a fin de permitirle discernir aquello que, sin ese libro, quizás no habría visto en sí mismo".⁸ André Gide afirma prácticamente lo mismo, señalando que existen libros –o algunas frases, algunas palabras en un libro– que se incorporan a nosotros. Su poder, dice, "proviene de que no hizo más que revelarme al-

⁸ Marcel Proust, *Le temps retrouvé*, París, Gallimard (ed. en español: *En busca del tiempo perdido*. 7. *El tiempo recobrado*, Madrid, Alianza Editorial, Biblioteca Proust, 1998).

guna parte de mí desconocida para mí mismo; para mí sólo fue una explicación, sí, una explicación de mí mismo". Y agrega: "¡Cuántas princesas soñolientas llevamos en nosotros, ignoradas, esperando que una palabra las despierte!"⁹

Cito también a un escritor contemporáneo, Jean-Louis Baudry:

El niño que lee [...] siente que hay en él virtualidades infinitas, innumerables oportunidades; que, al igual que la selva ecuatorial o la isla desierta, él es un territorio que se ofrece a nuevas aventuras, a otras exploraciones. Y se convierte en el conquistador de los libros que lo han conquistado. Él posee ahora, junto con la facultad de integración, junto con una pasividad que lo ha expuesto a todas las colonizaciones imaginarias, un poder desmesurado.¹⁰

Cuando describen esa experiencia, los lectores suelen mencionar ese momento de inversión en el que, como lo señala Baudry, de conquistado, de colonizado, el lector pasa a ser conquistador. Y por eso, para despertar a las princesas que dormitan en ellos, los escritores leen antes de enfrentarse a la página en blanco. Siguiendo un proceso que me parece similar, aunque uno no se convierta en escritor, a veces la lectura hace surgir palabras en el lector, lo fecunda. En ese diálogo, o en ese juego, él o ella pueden empezar a decir "yo", a enunciar un poco sus propias palabras, su propio texto, entre las líneas leídas. Y también porque el rango de las palabras se modifica: al leer, el lector experimenta que existe una lengua distinta de la que se usa todos los días: la lengua del relato, de la narración, donde los hechos contingentes adquieren sentido en una historia organizada, puesta en perspectiva.

⁹ *Conférence sur la lecture*, citada por Pierre Lepape en *Le Monde*, 15 de octubre de 1999.

¹⁰ Jean-Louis Baudry, *L'Age de la lecture*, París, Gallimard / Haute enfance, 2000, p. 43.

He citado a varios escritores, pero insisto en que esta experiencia no es propia de gente culta o con recursos. La han vivido personas provenientes de medios populares, sin ser lectoras asiduas, a veces a partir de algunas páginas. Queda claro que la lectura no debe ser apreciada solamente a partir del tiempo que se le dedica, o del número de libros leídos o recibidos. Algunas palabras, una frase o una historia pueden dar eco a toda una vida. El tiempo de lectura no es sólo el que dedicamos a dar vuelta a las páginas. Existe todo un trabajo, consciente o inconsciente, y un efecto a posteriori, un devenir psíquico de ciertos relatos o de ciertas frases, a veces mucho después de haberlos leído.

Ya lo señalé en otras ocasiones, esas frases, esos fragmentos que le hablan al lector, que lo revelan, son con frecuencia inesperados. No siempre un texto cercano a su propia experiencia es el que ayudará a un lector a expresarse, e incluso una proximidad estrecha puede resultar inquietante. Mientras que encontrará fuerzas en las palabras de un hombre o de una mujer que hayan pasado por pruebas diferentes. Precisamente allí, donde ofrece una metáfora, donde permite una toma de distancia, es donde un texto está en condiciones de trabajar al lector. Porque ese trabajo psíquico se realiza a partir de los mecanismos que Freud había identificado como inherentes al sueño: la condensación y el desplazamiento. O sea que es imposible prever cuáles son los libros que resultarán más aptos para ayudar a alguien a descubrirse o a construirse.

Esto complica un poco la tarea de los “iniciadores” del libro, aunque también puede volverla más divertida. Porque el juego está abierto, y deja una parte para la invención, para la libertad. Desde luego, los adolescentes se introducen en modas que los hacen pedir selectivamente determinado *best-seller* y despotricar contra cualquier texto que se aparte de los

caminos trillados. Pero al mismo tiempo las lecturas suelen presentar en esta edad un carácter muy anárquico: los adolescentes aprovechan todo lo que cae en sus manos, sin pensar en las clasificaciones convenidas.

Y su atracción por la transgresión, el exceso, la maldad o la violencia puede ser una clave para introducirse en lecturas muy diversas, incluyendo... los textos “clásicos”, como lo sabe más de un profesor. La literatura, no lo olvidemos, es un vasto espacio de transgresión. Pero dentro de este espacio, no todos los textos son tan elaborados. Algunos no hacen en el mejor de los casos más que desviarnos un momento de nuestra condición, u ofrecer un distractor temporal al horror de nuestros fantasmas; otros, de hoy o de ayer, son más propicios para desencadenar una actividad psíquica, una actividad de pensamiento, en eco, en resonancia con el pensamiento, con el trabajo de escritura de su autor.

“UN LUGAR DE PERDICIÓN”

La lectura, y más precisamente la lectura literaria, nos introducen asimismo en un tiempo propio, a cubierto de la agitación cotidiana, en el que la fantasía tiene libre curso y permite imaginar otras posibilidades. Ahora bien, no olvidemos que sin ensueño, sin fantasía, no hay pensamiento, no hay creatividad. La disposición creativa tiene que ver con la libertad, con el rodeo, con la regresión hacia vínculos oníricos, con atenuar tensiones. Basta con ver en qué momentos los sabios hacen sus descubrimientos: generalmente mientras pasean, o al tomar un medio de transporte, o al darse un baño, o al garabatear sobre un papel, o al levantar los ojos de una novela.

Escuchemos a dos lectores. El primero es otra vez el escritor Jean-Louis Baudry, que recuerda sus lecturas de infancia:

... no era solamente a través de sus historias, de sus personajes, de sus diálogos y de sus descripciones como los libros nos enseñaban lo que éramos; no era solamente porque, al enriquecer nuestro vocabulario y complicar nuestra sintaxis, nos aportaban instrumentos de pensamiento un poco más adecuados, sino porque, al interrumpir nuestra agitación habitual, poniendo nuestro cuerpo en reposo y creando nuevas predisposiciones, su lectura permitía que emergieran pensamientos, imágenes, todos esos hilos de la vida secreta que se entrelazaban con las frases que leíamos.¹¹

El segundo es un estudiante al que entrevistamos durante la investigación en barrios marginados. Se llama Hadrien y evoca la biblioteca en la que pasa mucho tiempo: “Entramos ahí por otra cuestión pero las cosas nos van llevando y de pronto ya estamos divagando. Una biblioteca es un lugar donde uno debe poder quedarse sin apuro. Es un lugar de perdición, aunque generalmente la biblioteca es considerada ante todo como un lugar de eficiencia”.

Quisiera aquí abrir un paréntesis a partir de las palabras de Hadrien, para señalar que esa dimensión de “perdición” de la biblioteca y de la lectura, como él dice muy bien, no es del agrado de muchos. Y se encargan de cubrirla con un manto de eficiencia. En cuántas familias, por ejemplo, los niños son alentados a leer porque parece que eso podría ser útil para sus estudios, pero provocan irritación cuando alguien los encuentra con un libro en las manos y perdidos en sus fantasías. Cuántos trabajadores sociales, e incluso formadores o bibliotecarios, encasillan a las personas de medios pobres en lecturas “útiles” o prácticas, es decir aquellas que supuestamente van a serles de aplicación inmediata en sus estudios, en la búsqueda de un empleo o en la vida cotidiana.

¹¹ *Ibidem*, p. 25.

Sin embargo no puede considerarse como un lujo o una coquetería el hecho de poder pensar la propia vida con la ayuda de palabras que enseñan mucho sobre uno mismo, sobre otras vidas, otros países y otras épocas. Y eso por medio de textos capaces de satisfacer un deseo de pensar, una exigencia poética, una necesidad de relatos, que no son el privilegio de ninguna categoría social. Se trata de un derecho elemental, de una cuestión de dignidad.

Lamentablemente, el que es pobre se ve privado, la mayoría de las veces, del acceso a esos textos y a esas bibliotecas. Piensa que eso no es para él. Recuerdo aquí a una señora que se me acercó muy tímidamente al final de una conferencia que yo había dado en una biblioteca, en las afueras de París. Trabajaba en el servicio doméstico. Había oído hablar de un café literario que se hacía en la biblioteca y había venido varias veces. Esa noche había estado a punto de irse; entre el público había muchos docentes y pensó que “era demasiado elevado para ella”, como decía. Pero luego se animó a quedarse. Hablando de la biblioteca me dijo: “yo vengo aquí para existir”.

¿Por qué se teme que la lectura y la biblioteca sean “un lugar de perdición”, como decía Hadrien? ¿Por qué algunos quieren reducirlas a un registro de eficiencia? ¿Por qué la soledad del lector o de la lectora frente al texto inspiró temor en todas las épocas? Por supuesto, existen miedos relativos al contenido de los libros, del que todo tipo de “iniciadores” pretenden “proteger” al lector. Subsiste hoy todavía, más a menudo de lo que suponemos, el temor de que el libro instile en nosotros algo pernicioso, algo sedicioso. O que sea recibido de manera extraviada, incontrolable, que alguien encuentre en él algo distinto de lo conveniente. Pero más aún que el contenido de los libros, lo que da miedo, me parece, es el gesto mismo de la lectura, que constituye un desapego, una forma de desviarse. Los lectores y las lectoras irritan porque no se puede ejercer

mucho ascendiente sobre ellos, porque se escapan. Son como traidores o desertores. Se los considera asociales y aun antisociales. Y constantemente son llamados al orden.

Recuerdo aquí a un hombre con el que conversaba en un avión y que se puso rígido, irritado, cuando supo que yo investigaba sobre la lectura: “Le diré, señora, yo he observado que las mujeres que leen son siempre un poco egoístas”. Recuerdo también a Zohra, una joven que conocí en una biblioteca, quien junto con sus hermanas tuvo que pelear duramente para conquistar el derecho de leer y de asistir a una biblioteca: “Cuando mis padres nos veían leer, cuando no queríamos movernos porque estábamos con un libro, se ponían a gritar; no aceptaban que leyéramos por placer. Era un momento aparte, un momento propio, y a ellos les costaba aceptar que tuviésemos momentos propios. Había que leer para la escuela, había que leer para instruirse”.

Al igual que los poderes políticos fuertes, los tiranos domésticos saben instintivamente que hay en ese gesto una virtualidad de emancipación que puede amenazar su dominio. Pero si bien la lectura hace temer a veces la pérdida de influencia sobre los demás, también puede generar la idea de que alguien podría perderse a sí mismo en el camino, si asumiera el riesgo de leer. O más bien perder una especie de caparazón que uno confunde con su identidad.

Yo no sé cuál es la situación en la Argentina, pero en muchos países, en particular en medios populares, existe una idea de que leer es algo que feminiza al lector. Un trabajador social me contaba, por ejemplo, que en el barrio donde él trabaja, cuando un muchacho intenta acercarse a los libros, los miembros de su banda le dicen: “No hagas eso. Se te va a ir la fuerza”. Esos chicos confunden el hecho de abandonar por unos minutos su caparazón con el de caer en la debilidad. Abrir un

libro sería mostrar que uno no sabe, que le falta algo que se encuentra allí.¹² La angustia de perder la virilidad es particularmente clara cuando el libro puede despertar el mundo interior, evocar una interioridad tanto más extraña e inquietante cuanto que está asociada a las mujeres. Dejarse llevar, dejarse poseer por las palabras presupone tal vez, para un muchacho, la aceptación, la integración de su parte femenina, y eso no es de ahora. Asimismo la pasividad, la inmovilidad que la lectura parece requerir puede ser vivida como angustiante.

Y de hecho, la lectura literaria parece ser casi siempre una cuestión de chicas, o bien de chicos que ya se han diferenciado de quienes los rodean por su temperamento solitario, por su sensibilidad, o a veces por una alteración que sigue a un encuentro. Aquellos leen para elaborar su singularidad, y lo hacen muchas veces escondiéndose, para evitar la represión que persigue al “intelectual”, al que “se complica la existencia”, al que se diferencia de los suyos.

Pero en Francia, más allá de los medios populares, la lectura y sobre todo la lectura literaria, son cada vez más una cuestión de mujeres y de chicas: tres cuartas partes de los lectores de novelas son hoy en día lectoras.¹³ ¿Por qué la diferencia se acentúa actualmente? En Francia, esto suele atribuirse a veces a la feminización de los diferentes “iniciadores” del libro. Con esto no hace más que replantearse la pregunta: ¿por qué hay tan pocos muchachos que se interesan en los oficios relacionados con el libro? ¿Y de qué margen de maniobra se dispone para atraer a la lectura a esos jóvenes que tienen una necesidad tan grande de una identidad “de concreto”? ¿Cómo hacer para que le tengan menos miedo a la interioridad, a la sensibilidad,

¹² Cf. Serge Boimare, *La peur d'apprendre chez l'enfant*, Paris, Dunod, 1999 (trad. al español: *El niño y el miedo de aprender*, Argentina, Fondo de Cultura Económica, 2001).

¹³ Olivier Donnat, *Les Pratiques culturelles des Français, Enquête 1997*, Paris, La Documentation française, 1998.